ECONOMIAS

SANTIAGO LOREN

T. P.—(*Mostrando al doctor Tanto Mejor unas facturas.*) ¡Esto es demasiado! ¡Cerca de cuatro mil pesetas.

T. M.—Qué aficionado es usted a amargarme el día. En cuanto me ve aparecer por esa puerta me lanza a la cara facturas, problemas y disgustos.

T. P.—Todo esto es tanto suyo como mío. De modo que es justo que lo compartamos. Lo que ocurre es que usted, como el avestruz...

T. M.—Sí, ya sé. La cabeza bajo el ala y todo lo demás. Me lo ha dicho muchas veces. Pero ¿de qué se trata hoy?

T. P.—De lo que nos cuesta este despacho. Alquiler, luz, calefacción, portero, limpieza... Total, que acabo de pagar cuatro mil pesetas.

T. M.—Mucho es, pero ¿qué quiere que le hagamos? Todo eso es indispensable, y si pedimos que nos hagan una rebaja, ni el casero, ni el carbonero, ni la compañía de electricidad, ni siquiera la fregona, nos lo van a tomar en consideración.

T. P.—Es excesivo. Y si las cosas continúan así será preciso tomar una determinación radical.

T. M.—Temo mucho a sus radicalismos. ¿Qué pretende?

T. P.—Habrá que pensar si conviene dejar todo esto y pasar visita en nuestras casas.

Hortensia.—(*Que se halla ordenando el despacho, pero atenta a lo que se guisa alrededor, como siempre.*) ¡Atiza!

T. P.—¿Qué le pasa, enfermera?

T. M.—Me parece que no le pasa nada. Simplemente creo que tiene algo que decir respecto a ese proyecto. ¿No es verdad, Hortensia?

Hortensia.—Perdonen que me mezcle en sus asuntos, pero... ustedes siempre han tenido el despacho aparte de su domicilio particular, ¿no?

T. M.—Sí, siempre. Lo tomamos de solteros y luego, al casarnos, seguimos.

Hortensia.—Ya se nota. Yo, en cambio, he estado de enfermera en domicilio particular de un compañero de ustedes.

T. P.—¿Y qué ocurre? Será algo más incómodo para la familia, pero tiene la ventaja de la economía, de la comodidad, de la mejor vigilancia...

Hortensia.—Sí, no cabe duda. La casa de uno. Figúrese. Por ejemplo, no saben ustedes lo conmovedor que resulta oír gritar a los niños por el pasillo al llegar de la calle: "¡Papá, papá! ¡Hoy sí que tienes gente!" El júbilo de los niños es encantador.

T. P.—Los niños son vigilados por sus madres, que evitan esas cosas.

Hortensia.—Sí, sí, claro. Sólo que a veces se escapan y miran por la cerradura del consultorio. En la casa donde yo estaba oí que Enriquito decía un día a Carmencita mientras estaban jugando: "Vamos, desnúdese y no me haga perder el tiempo."

T. P.—Repito que las madres...

Hortensia.—Naturalmente. Las madres ayudan mucho. A veces se conmueven por lo mucho que trabaja el esposo y deciden hacer algo por su parte para favorecer la buena marcha del negocio. Entonces se meten en la sala de espera y son encantadoras, afables, amistosas. Incluso cuando ven alguna señora elegante la pasan al comedor y le dan conversación, le sacan pastas... El esposo llega por fin y se asombra de lo buenas amigas que se han hecho. Luego le pregunta a su señora: "¿Es que conocías a "esa" de antes?" "Yo no, pero me ha parecido mal dejarla entre medio de tantos pueblerinos. Como los pobres se lavan poco..." "¡Estupendo—contesta el doctor—. Los pueblerinos son los únicos que hoy nos han dejado para comer, y en cuanto a tu amiga la elegante, es la dueña de un bar y antigua afiliada a La Benéfica, sociedad de médico, botica y entierro muy acreditada."

T. P.—No hay necesidad de que nuestras esposas se metan en la sala de espera ni en el despacho...

Hortensia.—Bueno, pero ¡no se lo prohiba, por lo que más quiera! Usted no sabe cómo sientan esas preguntitas que se hacen a la hora de comer. Justo en el momento en que está deglutiendo una cucharada de sopa: "¿Por qué viene tantas veces esa morena tan maquillada?" O esta otra: "¿Por qué gastas más tiempo con las jóvenes y guapas que con las viejas y las feas? ¿Es que están más malitas?"

T. P.—Eso son suspicacias ridículas. Es posible que en la casa donde usted estuvo pasaran todas esas cosas. Pero afortunadamente no ocurre en todas lo mismo. Se puede organizar la cosa de forma que haya una completa independencia entre las habitaciones destinadas a los enfermos y las demás.

Hortensia.—Eso sí. Independencia absoluta. Solamente la criada que sale a abrir y pasa a los enfermos a la sala de espera. Las criadas, por otra parte, pueden ser avispadas, y para que usted no se dé mucha prisa en acudir a atender al que llega dicen a voz en grito: "Señorito, sólo es un viajante. Lleva cartera."

T. P.—Pero ¡qué demonio! ¿Por qué todo el mundo va a hacer y a decir tonterías? ¡Las criadas no suelen ser listas, y mucho menos suelen pasarse de listas!

Hortensia.—Es que entonces es peor. Si no es lista tomará al pie de la letra la orden de pasar a todo el mundo a la sala de espera, y un día se encontrará usted aguardando vez pacientemente al profesor de piano de los niños, al tío Emerenciano que ha llegado de Bilbao, al repartidor de telegramas, al lechero y al médico titular de Trijueque del Vado que sólo quería darle un abrazo.

T. M.—Bueno, Hortensia. Me parece que exagera. Todos esos problemas no tendrían razón de ser en nuestro caso, porque contando con usted...

T. P.—¡Claro que sí! Yo no he pensado en prescindir de usted. Podríamos arreglar las horas de modo que pudiera asistirnos a los dos.

Hortensia.—Me conmueve su confianza, pero conmigo no cuenten. Por propia experiencia sé que, para las esposas de los médicos, las enfermeras se parecen en una cosa a las suegras: en que son tanto más buenas cuantas menos horas se pasan con ellas.

T. M.—¡Pero si usted se lleva excelentemente con nuestras respectivas esposas!

Hortensia.—Por eso mismo, doctor. No sabe usted cuánto deseo que sigamos siendo buenas amigas.

T. M.—¿Qué dice usted, colega?

T. P.—¿Qué voy a decir? ¡Siempre gana!

T. M.—Suficientemente discutido. Vamos a trabajar.

Hortensia.—(*Al quedarse sola.*) ¡Uf! ¡De buena me he librado!